

CAPITULO XLVI.

SUMARIO.

(Continuacion del anterior)

Esos espíritus que enseñan máximas morales algunas veces son demonios convertidos en *angeles de luz*.—Explicacion que de su conducta da S. Agustin.—Esa conducta es muy natural; si no la observaran no lograrían su dañado objeto.—Las máximas morales que enseñan y los buenos consejos que dan, siempre van mezclados con otros consejos y máximas detestables.—Se citan algunos casos sacados de los anales del espiritismo práctico.—Reflexion.

Allan Kardec y todos los de su secta dan mucha importancia á argumento propuesto porque se funda en hechos que realmente tienen lugar algunas veces, y por el efecto que han pro-

ducido en el progreso de la propaganda espírita. Pero afortunadamente para la verdad los argumentos á que más importancia se da y que fascinan y seducen más á la multitud irreflexiva, son los más fáciles de refutarse.

No de ahora, sino de siglos atras, consta la existencia de esos espíritus que, despues de mil errores prácticos á que impelen á algunos hombres, les enseñan máximas morales de alguna elevacion y les dan consejos verdaderamente prudentes. Aquellos malos demonios de que á cada paso hablan en sus obras Porfirio, Apuleyo, Jámblico, etc., y que se distinguen particularmente por el empeño que muestran en sus comunicaciones y en sus manifestaciones de hacerse pasar como dioses, en nada se diferencian de los demonios del cristianismo que suelen presentarse á los hombres convertidos en ángeles de luz, segun palabras de San Pablo. Y así como aquellos obrarian torpemente si en su afan de hacerse pasar por dioses, no tuvieran en cuenta que la primera condicion era la de convencer, siquiera sea aparentemente, su inclinacion natural hácia el bien y su apego á la virtud, así tambien estos serian nada ménos que unos *gurrípatos*, si deseando pasar por ángeles de luz, aparecieran cubiertos de tinieblas morales, em-

pujando únicamente hácia el mal y aconsejando en todas ocasiones el vicio.

Ya San Agustin se preguntaba en su tiempo: "¿Por qué los [mismos demonios que por otra parte justifican con hechos innegables que no son otra cosa que espíritus inmundos, por qué, dice, estos mismos demonios dan en el secreto de sus santuarios algunas enseñanzas morales, segun cuentan, á cierto número de iniciados?" "Si esto es cierto, se responde, no hacen más que ostentar en ello una malicia más refinada, y mayor astucia; porque tal es el poder de la probidad y de la castidad, que ninguno ó casi ninguno hay que no desee ser alabado por ellas, ni de corazón tan corrompido que haya perdido el sentido de lo honesto. Si, pues, no se transformasen, como dice la Escritura, algunas ocasiones en ángeles de luz, los demonios no podrian consumir su obra de seducción. Así es, que la impureza se ostenta descarada á la vista de todo el mundo y la castidad balbucea entre las sombras algunas palabras al oido de un pequeño número de iniciados. Las lecciones del vicio son públicas; las de la virtud son secretas. El honor se oculta: la vergüenza se manifiesta. Las malas acciones atraen una muchedumbre de espectadores; las buenas palabras encuentran

apénas algunos oyentes: ¡como si lo honesto debiera ruborizar, y gloriarse aquello que no lo es! Pero ¿dónde pasa esto si no en los templos de los demonios? ¿dónde si no en los receptáculos de la impostura? ¿y por qué? para seducir á los hombres virtuosos que son siempre los más, y para que no se corrijan los malos que son siempre las más (1)."

Esto que San Agustin decia en su tiempo á los antiguos espiritistas, podemos repetir nosotros hoy á los modernos nigromantes. Si esos espíritus invisibles ó demonios, que tal es su verdadero nombre, que hoy hacen irrupcion en el mundo, porque juzgan fácil de volverle á un cir á su carro, como le tenian ántes del cristianismo, no se convirtieran en ángeles de luz; si no dieran á sus aspiraciones algunas veces esos rasgos de virtud, esas tendencias al bien; si en sus predicaciones no cuidaran de mezclar á la zizaña que tratan de aumentar, algunos granos de trigo; si siempre predicaran el mal y aconsejaran el crimen, serian imposibles de todo punto sus conquistas. Si, pues, todo su deseo se cifra en realizarlas, es natural que pongan para ello los medios adecuados, por más que abriguen

(1) De civitate Dei, Lib. 11, cap. 26.

hacia esos medios, repugnancias invencibles; pues de otra suerte la infuca obra que se proponen no pasaria de una quimera.

No debe de asombrar, por consiguiente, que de vez en cuando hablen con entusiasmo de Dios y de su culto, con celo, de moral y de religion y con verdadera uncion, de la inmortalidad del alma humana y de la felicidad eterna que se la espera. No deben juzgarse por solo sus palabras, sino sobre todo por sus hechos. Siguiendo esta regla de buen criterio, á poco de observar unas y otros, se podrá venir en conocimiento de que el dios que con entusiasmo predicán, es ellos mismos que quieren ser adorados, ó el alma universal del mundo que, adorada por los hombres, consiguará irrevocablemente á estos á su tenebroso reinado; que la moral y la religion que pone en tan laboriosa actividad su celo, es la moral de Epicuro y de Lucrecio, del Baron de Holbach y de Pigault Lebrun, es la religion de Empedócles y de Pitágoras, de Espinosa y de Kant; que la inmortalidad del alma se reduce á una vida más ó ménos larga en las regiones de los espacios, para ir en seguida á gozar de esa su felicidad eterna, que de todos modos se obtiene y que deben gozar juntamente los opresores y los oprimidos, los engañadores y

los engañados, los seductores y los seducidos, los verdugos y las víctimas, y en suma los malvados y los buenos, sea cual fuere el número de crímenes que aquellos hayan cometido perseverando en ellos hasta la muerte, sea cual fuere el número de virtudes que estos hayan practicado hasta el término de la vida.

De estas contradicciones de los agentes invisibles, hemos puesto ya varios ejemplos en otro lugar. Citarémos algunos ahora en que se advierte á primera vista ese su empeño en todas materias de mezclar la verdad con el error, lo bueno con lo malo; y todo con el objeto de seducir y de engañar. *Para agradar á Dios es necesario amar á sus semejantes*, decia un espíritu que se comunicaba en 26 de Marzo de 1854, en un lugar de la Francia, en casa de Mr. A. . . . Máxima es esta enteramente conforme con la moral cristiana. *Es necesario ser sóbrio, continúa, la peor de todas las acciones es beber y comer demasiado.* Ved aquí ya el pecado animal, permitasenos llamar así á la gula, puesto sobre todos los pecados, incluso el de la idolatria; he aquí el yo considerado como superior al mismo Dios.

En otra sesion un espíritu dice: *es necesario seguir las leyes de Dios y de la naturaleza; amar*

a los hombres, es amar á Dios....., lo cual conducirá al hombre á la felicidad. Y apenas acaba de decir esto, cuando exclama; el cielo es una cosa imaginaria....., la muerte es nada....., los malos no serán separados de los buenos....., el alma va á la inmensidad..... (1)

— Otro espíritu decía á Home: Fe en Dios y el cambio que se hará en el mundo será de los más gloriosos. Todos los otros dioses deben humillarse ante El. Vos otros debéis hacer todo lo posible por destruir la idolatría de rango, de fortuna, del yo, de la inteligencia y del saber (2).

Oid como explica otro espíritu aquellas palabras del Divino Salvador, "El hombre no separe lo que Dios unió." Cuando Jesucristo ha dicho, son palabras del Espíritu, el hombre no separe lo que Dios ha unido, debe entenderse de la union segun la ley de Dios y no segun la ley ver-sátil de los hombres.

El divorcio es una ley humana que tiene por objeto separar legalmente lo que está separado de hecho. Esta ley no es contraria á la ley de Dios, puesto que no reforma, sino lo que han hecho los hombres. El mismo Jesus no ha consagrado la

(1) Bizonard, Des raportes de homme avec le demon. Tomo VI pág. 206.

[2] Obra citada pág. 409.

indisolubilidad del matrimonio. El llamado espíritu de San Pablo, evocado en Paris en 1860, termina así su instruccion relativa á estas palabras, "Fuera de la caridad no hay solvacion;" amigos míos, d á gracias á Dios porque os ha permitido que podais gozar de la luz del espiritismo; obraid de suerte que al veros se pueda decir que verdadero espirita y verdadero cristiano, son una sola y misma cosa.

Un espíritu protector evocado tambien en 1863 comenta esta máxima moral de los Libros Santos, "La fe traslada la montañas," del siguiente modo: los apóstoles, á ejemplo de Jesus han hecho tambien milagros. Estos milagros no eran otra cosa más que efectos naturales cuya causa era desconocida á los hombres de entonces, pero que hoy se explica en gran parte y se comprenderá del todo por el estudio del espiritismo y del magnetismo (1).

Como se ve de estas comunicaciones así como de otras á que nos hemos referido en el cuerpo de lo escrito hasta aquí, los espíritus ó agentes invisibles no desdeñan del todo la verdad, ni se muestran absolutamente enemigos de la moral y de la religion, en algunas ocasiones.

(1) Obra citada pág. 575 y 576.

Pero al mismo tiempo se ve que, si pronuncian una verdad, es para confundirla en seguida con un error y formar un todo monstruo so que llene de tinieblas á las inteligencias; que si inspiran algun buen consejo y hablan de moralidad y de religion, es para inspirar otros verdaderamente inícuos, para convencer de la existencia de una moral corruptora del corazon y de un culto idolátrico, depresivo de la dignidad humana y que aleja á los hombres cada vez más del fin para que fueron criados.

Esta conducta que observan los espíritus revela su malicia y no su bondad. Si fuesen espíritus buenos, solamente aconsejarían el bien y nunca el mal; únicamente inclinarían a la virtud y nunca impelerían, ni descarada ni solapadamente, hácia el vicio. De que aconsejen ó prediquen ordinariamente el mal, ó aun cuando sea de tiempo en tiempo, se deduce bien que sean seres malignos por índole, y no puede inferirse de que prediquen y aconsejen alguna vez el bien que puedan ser espíritus buenos, porque no se concibe que aquel que es malo, para conseguir sus ocultos fines, ponga en juego todas sus artes sin menospreciar aun aquellos medios que le repugnan; no se concibe de igual modo que aquel otro que es bueno aconseje, siquiera

sea raras ocasiones, cosas que no van conformes con los sanos principios de la moral que son los mismos hoy que ayer, y que serán mañana los mismos que ayer y hoy; los mismos en la civilizada Europa que en la Africa salvaje; los mismos en la Asia despótica que en la América constitucional.